

JAMES CRUMLEY

El último buen beso



C. W. Sughrue —ex oficial del Ejército, alcohólico y mujeriego— representa el arquetipo del investigador privado de la América posterior a la Guerra de Vietnam. De gatillo fácil y escasos escrúpulos, mientras trabaja en un bar de *topless* de Montana recibe el encargo de encontrar a un escritor en paradero desconocido. Sin que Sughrue lo pretenda, su búsqueda le llevará a interesarse por la desaparición de una joven diez años atrás en San Francisco. Esta nueva tarea, sin embargo, se convertirá en un intrépido viaje a las entrañas de una nación que sufre las consecuencias psicológicas de una guerra, con sus pesadillas y sus sombras aflorando a cada paso.

Con su prosa elegante y un retrato sin concesiones de una sociedad en decadencia, *El último buen beso* es una experiencia llena de trepidante acción, cruel ironía y crítica brutal al género humano. El sexo, el dinero, la corrupción, la violencia y las drogas se hacen un hueco en una fascinante historia donde lo más importante es dejar atrás el propio pasado.

Para Dick Hugo, un excelente detective del corazón.

«Podrías tener el capricho de acercarte por aquí el
domingo.
Digamos que tu vida se ha venido abajo; que han
pasado años
desde que diste el último beso de verdad. Reco-
rres estas calles
trazadas por dementes, junto a hoteles que han
fracasado y bares que han triunfado, intento ator-
mentado
de los dueños del local para acelerar sus vidas.
Sólo las iglesias se mantienen en pie. Este año,
la cárcel ha cumplido setenta. El único preso
continúa encerrado, sin saber lo que ha hecho».

RICHARD HUGO, *Degrees of Gray in Philipsburg*.

1

Cuando finalmente localicé a Abraham Trahearne, estaba tomando cerveza junto a un bulldog alcoholizado que respondía al nombre de Fireball Roberts en un antro destartado de las afueras de Sonoma, California, apurando hasta la última gota de una hermosa tarde primaveral.

Después de casi tres semanas de embriaguez ambulante, Trahearne, con sus deslucidos pantalones caqui, parecía un viejo soldado tras una larga campaña que sorbiera la cerveza lentamente para limpiarse de la boca el sabor a muerte. El perro yacía desplomado en el taburete vecino como un compañero de fatigas pequeño y agotado, levantando sólo esporádicamente la cabeza para beber un poco de cerveza en un sucio cenicero dispuesto sobre la barra.

Ninguno de ellos se molestó en mirarme cuando me deslicé discretamente hasta un taburete que había entre el bulldog y los otros dos únicos parroquianos del local, un par de displicentes mecánicos en paro que hablaban de cheques del subsidio que jamás habían llegado, de la última multa por conducir borrachos y del probable paradero de una correa de transmisión de un Chevy de 1957. Sus caras angulosas, las bocas desdentadas y el acento nasal pertenecían a otro tiempo y lugar, a un gran erial polvoriento de los años treinta por el que un camión Modelo T, un casajo de fabricación casera, avanzase hacia el sol poniente. Al sentarme me observaron con los ojos aviesos de la gente rústica, estudiándome atentamente como si yo fuera la carcasa de un coche abandonado que planeaban canibalizar para conseguir piezas de recambio. Incliné la cabeza y

sonreí para darles a entender que quizá fuese una carcasa, pero todavía no me habían declarado siniestro total. Respondieron a mi callado saludo con los ojos en blanco y unos reflexivos movimientos de cabeza que parecían indicar que siempre se podía provocar un accidente.

Exhausto tras circular tantos kilómetros por carreteras equivocadas, les dejé pensar lo que les viniera en gana. Pedí una cerveza a la camarera, una mujer de mediana edad, que salió de sus ensueños para esbozar una sonrisa somnolienta. Al abrir la botella, el bulldog despertó de su modorra etílica, eructó como un dragón, alzó verticalmente sus delgadas patas y, a continuación, atravesó con un contoneo tres taburetes desvencijados, en medio de una nube saturada de cerveza rancia y aliento de perro, para cambiarme un beso mojado y pegajoso por una dosis de cerveza. No se la ofrecí, así que subió la apuesta esparciendo sus babas sobre mi codo tostado por el sol. Trahearne emitió una abrupta orden y vertió una medida de cerveza en el cenicero. El bulldog me clavó una funesta mirada, suspiró y volvió en pos de lo seguro.

Mientras me secaba los salivazos caninos con un paño todavía húmedo por el uso reciente, y con aspecto de haber sido usado a menudo para el mismo fin, pregunté a la camarera si había teléfono público. Me señaló sin palabras un recoveco gris y polvoriento pasada la mesa de billar, en el que había un teléfono negro colgado entre sombras cenicientas.

Cuando pasé junto a Trahearne, había rodeado con su recio brazo los arrugados hombros del bulldog y recitaba versos en su pequeña oreja: «El acantilado que encaramos se quiebra... bajo este viento del verde Pacífico... este... El hedor salobre de la ballena... ¡Ay, Jesús!... Nos cazaron como a perros, viejo amigo, en ripios caninos nos convertimos y aperreados viviremos siempre...». Luego se rió sin ton ni son, como un anciano que buscara sus gafas.

No me incomodó que hablara consigo mismo. Hacía ya mucho tiempo que yo practicaba también el monólogo interior.

Era precisamente eso lo que estaba haciendo la tarde que me llamó la ex mujer de Trahearne: sentado en mi diminuto despacho de Meriwether, Montana, contemplando las excelentes vistas más allá del callejón al desbordante contenedor Dempster-Dumpster de la tienda de saldos, me decía en mi fuero interno que no me importaba que el negocio prosperara poco a poco, que en realidad incluso me gustaba. Entonces sonó el teléfono. La ex mujer de Trahearne fue muy expeditiva. En menos de un minuto me había explicado que tanto la salud como la afición al alcohol de su ex marido eran pésimas y que quería que siguiera sus pasos, que lo buscara en su ronda de borracheras antes de que la bebida lo precipitara prematuramente a la tumba. Le propuse que discutiéramos el trabajo cara a cara, pero ella insistió en que debía ponerme en camino de inmediato, que no merecía la pena hacer las tres horas de trayecto hasta Cauldron Springs. Para ganar tiempo ya había contratado un aerotaxi en Kalispell, que en aquellos momentos volaba con rumbo sur hacia Meriwether, llevando a bordo un talón al portador como anticipo, una lista de los bares preferidos de Trahearne en el Oeste —especialmente los locales sobre los que había escrito poemas después de otras melopeas— y una fotografía procedente de la sobrecubierta de su última novela.

—¿Y si no acepto el encargo? —pregunté.

—En cuanto vea el importe del anticipo, lo aceptará —respondió fríamente la mujer, y colgó sin más.

Cuando recogí la ancha carpeta de manila en el aeropuerto de Meriwether di una rápida ojeada al talón y decidí hacer el trabajo, antes incluso de estudiar la fotografía. Trahearne era un individuo corpulento, con pinta de estibador jubilado, y posaba apoyado en una columna del pórtico frontal del hotel Cauldron Springs, con una bebida rebo-

sante en una mano y un cigarro a medio fumar en la otra. Su aspecto delataba claramente su edad, pese a su sonrisa juvenil, pero era evidente que no había ido a Cauldron Springs para tomar las aguas. A su espalda, en el amplio y sombrío marco de la puerta, dos fantasmas artríticos con sendos albornoces de cuadros escoceses caminaban torpemente hacia la luz. En sus ajados rostros se adivinaba la sonrisa expectante del que está punto de sumergir sus quebradizos huesos en las calientes aguas mineralizadas.

En los años que había pasado buscando maridos, esposas e hijos desaparecidos, había aprendido a no creer que podía examinar una cara unidimensional y ver a la persona que se ocultaba detrás de la fotografía, pero ese grandullón parecía el tipo de persona que se abría camino en la vida dejando una pista fácil.

Al principio fue incluso demasiado fácil. De vuelta a la oficina, llamé a cinco o seis de los bares apuntados y lo localicé en Ovando, Montana, en un pequeño local de cierta fama llamado Trixi's Antier Bar. Sin embargo, para cuando completé los cien kilómetros de ruta, Trahearne ya había volado, tras explicar al camarero que se dirigía a Two Dot para echar un vistazo a la colección de latas de cerveza de uno de los dos bares de la localidad. Lo perseguí por tierras de Montana pero al llegar a Two Dot, supe que Trahearne había tomado la carretera 666 en Miles City. Desde allí se encaminó en dirección sur a Buffalo, Wyoming, con la intención de componer un poema épico sobre la guerra del condado de Johnson, o eso le dijo a la camarera de turno. Al parecer, Trahearne nunca hacía un movimiento sin comentarlo antes con toda la gente que había en el establecimiento, lo cual lo convertía en un tipo fácil de seguir pero imposible de atrapar.

Así que recorrimos el Oeste, haciendo la gira de los bares y contemplando el panorama. El hotel Chugwater en Wyoming, el Mayflower en Cheyenne, el Stockman en Rawlins, una colección de alambre de espino en el bar del hotel

Sacajawea de Three Forks, Montana, rocas en Fossil, Oregón, mormones beodos por todo el norte de Utah y el sur de Idaho... Siempre viajando en círculo, deambulando a la deriva. Alquilé dos veces una avioneta privada para adelantarme a mi presa, y ninguna de las dos se presentó en el lugar hasta que me hube marchado. Me agradaba su gusto en materia de bares, pero entré y salí de tantos de ellos que al final todos me parecían un establecimiento único e infinito. A mitad de la segunda semana, los gastos empezaban a avergonzarme incluso a mí, de modo que telefoneé a la antigua señora Trahearne para preguntarle cuánto dinero estaba dispuesta a invertir en aquella noria imparabile. «El que sea necesario», replicó, con voz irritada porque me había detenido a consultar.

Así pues, me volví a instalar en el envolvente asiento de mi original camioneta El Camino para emprender un largo asedio sobre ruedas, siguiendo a Trahearne de bar en bar, por cualquier carretera que su imaginación dictase, y rastreando el terreno como un excitado perro perdiguero únicamente para evitar perderlo. Lo seguí mientras continuaba su errático avance, con las antenas vueltas hacia ventiscas que sólo él percibía, con el oído atento para captar los compases de alguna canción lejana que sólo él oía.

Entrada ya la segunda semana, sentía en el pecho aquel mismo silbido agudo y penetrante de la soledad y, si no hubiera necesitado el dinero tan acuciantemente, quizás habría enviado al infierno a Abraham Trahearne, habría introducido en el reproductor un disco de Willie Nelson y habría intentado ahogarme en mi particular río de whisky, reanudando mis antiguas andanzas. Pero me pagan por encontrar a la gente, no por perderme yo, de manera que continué tras su estela como un viejo sabueso a la caza del último mapache.

Todo aquello me volvía más loco incluso que el propio Trahearne. Comencé, casi sin saber cómo, a perseguir fantasmas en los grises puertos de montaña, y luego a través

de unos valles verdes alfombrados aún por las últimas nieves de la primavera. Me empeñé en dormir en las mismas camas de motel donde se había hospedado, tratando de soñar con él, y me dediqué a emborracharme en los mismos bares con la esperanza de tener una visión bañada en whisky. Y no tardaron en surgir, tanto los sórdidos sueños de motel como las visiones étlicas, pero venían de mi propio y errabundo pasado. En lo referente a Trahearne, no tenía una sola pista.

Una vez incluso me tiré a la misma y deprimente prostituta en un complejo de casas rodantes en pleno desierto de Nevada. Era una joven frágil, una criatura flacucha e insignificante nacida en Cincinnati, que había trasladado su mina de oro al Oeste creyendo tal vez que le sacaría más rendimiento, pero el conducto del pozo se había atascado, las venas daban muestras de agotamiento y las galerías de sus escuetos brazos parecían haber sido excavadas con un pico oxidado. Tras desperdiciar demasiadas noches de insensata lujuria de bar danzando con su esqueleto, le pregunté una vez más por Trahearne. Al principio no dijo nada, permaneció acostada en silencio sobre las sábanas arrugadas, dando caladas a un porro y con la mirada fija más allá del techo de aluminio, en la fría noche del desierto.

—¿Crees que volaron realmente hasta la luna? —me inquirió en tono serio.

—No lo sé —admití.

—Yo tampoco —susurró en una bocanada de humo.

Me abroché los Levis y me adentré en el desierto, en un paisaje herido por las sombras y el claro de luna.

Más tarde, en Reno, perdí el rastro y tuve que circunvalar la ciudad en círculos cada vez más anchos, hablando con camareros y empleados de estaciones de servicio hasta que en Truckee encontré a un mozo de gasolinera que recordaba a un tipo corpulento al volante de un Caddy descapotable que había preguntado por los baños de barro de Calistoga. El barro aún estaba caliente cuando llegué, pero

sus huellas se habían enfriado tanto como los ojos de los ancianos que agonizan alrededor de las fuentes termales.

Cuando llamé a la ex mujer de Trahearne para admitir mi fracaso, me dijo que había recibido una postal suya, una imagen del puente Golden Gate con una enigmática sentencia:

Dicen que el perro
es el mejor amigo del hombre,
pero sus pantalones no tienen bolsillos
y su sed nunca se sacia.

«Trahearne tiene una extraña afinidad con los perros de bar —me contó—, en especial con los que beben alcohol además de hacer gracias. En una ocasión pasó tres días en Frenchtown, Montana, bebiendo en compañía de un chuco que llevaba un gorro de oficial aplastado, gafas de sol y, en la boca, una pipa tradicional de mazorca de maíz. Trahearne me explicó que habían estado debatiendo la campaña del Pacífico entre tragos de licor de mora». Le recordé que el dinero era suyo y que, si quería que explorase la Bay Area en busca de un perro alcoholizado, obedecería encantado. En efecto, ése era su deseo, así que me ajusté el cinturón y me dirigí a San Francisco, convertido en un extravagante detective resuelto a seguir de cerca los pasos de un perro borrachín... en un títere al servicio de la dama.

Debería haber imaginado que en la Ciudad de las Luces abundaban los perros de bar —canes que bailaban y cantaban, e incluso alguno que consumía alucinógenos—. Sólo tres días después, mientras tomaba unos *gimlets* en Sausalito con un caniche rosa, tuve por fin noticia del bulldog cervecero de las inmediaciones de Sonoma.

El deteriorado edificio de madera se ubicaba a unos cincuenta metros de la carretera de Petaluma, y el Cadillac descapotable rojo de Trahearne estaba aparcado delante. En la época en que la vieja autovía era todavía nueva, y antes de que fuera reconstruida según criterios más eficientes, el garito de cerveza había sido una gasolinera. El espectro desdibujado de un caballo volador rojo presidía aún los erosionados listones de las paredes del establecimiento. Un pequeño grupo de coches abandonados, que iban desde un Henry J carmesí hasta un Dodge Charger negro, casi nuevo pero terriblemente estropeado, yacían prisioneros en la empolvada extensión de maleza y hierbajos; las cuencas vacías de sus faros delanteros soñaban con Pegaso y con una huida sobre el asfalto. El local ni siquiera tenía nombre, tan sólo un letrero poco legible que ofrecía una lánguida promesa de CERVEZA balanceándose en el inclinado porche. Los viejos surtidores con el depósito de vidrio desaparecieron tiempo atrás —transportados probablemente a Sausalito para abrir una tienda de antigüedades—, aunque los herrumbrosos pernos de la base seguían proyectándose en el cemento cual huesos de dedos humanos en una tumba poco profunda.

Aparqué al lado del Caddy de Trahearne, salí del vehículo para desembarazarme de los kilómetros que entumecían mis piernas, y luego me alejé del sol primaveral para penetrar en la sombra polvorienta del tugurio, golpeando suavemente con los tacones de las botas los combados tablones del suelo y exhalando un suspiro en el aire ensombrecido. Aquél era el sitio, el bar al que hubiera acudido yo mismo en una de mis orgías ambulantes, sí, habría entrado y me habría incrustado como una canica en una grieta; era el lugar perfecto, un refugio para californianos adictos a la oxiconona y tejanos en el exilio, un hogar para campesinos recién desposeídos de sus tierras, con los ojos tan vacíos

de esperanza que reflejan las tórridas y ventosas llanuras, los áridos, casi bíblicos tramos de horizonte interrumpidos solamente por la armazón de una mecedora huérfana, y más lejos, nublados por la ira, los contornos de naranjales y astiles de hacha. Éste hubiera podido ser fácilmente mi rincón, un hogar en el que cualquier hombre podía ahogar el hastío en alcohol, arrepentirse de pasadas violencias y ser perdonado por el módico precio de una cerveza.

Tras pensarlo dos veces, volví a meterme en el bolsillo la moneda de diez centavos y regresé a la barra para tomar otra cerveza. Había descubierto pedacitos de Trahearne en todo el recorrido y ya lo sentía como un amigo de juventud. Me parecía una lástima no disfrutar de su compañía, no compartir unas cervezas con él antes de telefonar a su ex esposa y poner fin a la fiesta. Siempre que acababa localizando a alguien, me asaltaba la sospecha de merecer algo más que dinero como recompensa. Ése era el momento más triste de la persecución, la muda espera de unos padres contritos, un cónyuge furioso o el peso de la ley. El proceso era estimulante, pero el producto terminado siempre resultaba ingrato. En mi negocio se precisa una certeza moral que yo ni siquiera pretendía poseer, y cada vez, al llegar al final de la cacería, lo único que quería era poner pies en polvorosa.

Sin embargo, en esta ocasión opté por esperar. Me apoyé en la barra y pedí otra cerveza. En cuanto la camarera la puso ante mí, se acercó por el mostrador un enorme gato negro para olfatear las gotas adheridas al largo cuello.

—¿El gato también es bebedor de cerveza? —le pregunté.

—Ahora ya no —contestó ella sonriendo, a la vez que sacudía con una bayeta empapada el trasero del felino. El animal le clavó una mirada torva. Acto seguido echó a andar por la barra y, al pasar junto al bulldog y Trahearne, ro-

zó con la cola el rostro imperturbable de éste—. El muy hipojoputa solía beber más que una esponja, pero últimamente causaba demasiados problemas. Se parece al viejo Lester —añadió la mujer, señalando con el gesto al mecánico ocioso que más dientes tenía—. No sabe aguantar el alcohol. Cuando se emborrachaba se convertía en un gusano tan repugnante y tan rastrero, que intentaba desahogarse sexualmente allí donde no debía.

La camarera lanzó al viejo Lester una severa mirada de inteligencia, antes de estallar en una alegre carcajada. Al devolverle la sonrisa, el tal Lester me enseñó el resto de su dentadura. No era más bonita que la que ya había visto.

—Una noche, ese desgraciado mamón negro empezó a follar con todo lo que se le ponía por delante (los tacos y las patas de la mesa de billar, las piernas de los clientes, cualquier cosa que no se apartase lo bastante deprisa), hasta que hizo una guarrería en los pantalones de una señora, a alguien se le ocurrió reírse, y que me lleve el diablo si no se organizó la mayor pelea que he visto en mi vida. Todos los que no ingresaron en el hospital acabaron en la cárcel, y a mí me suspendieron la licencia seis semanas. —La camarera soltó una risotada y añadió—: Por lo tanto, corté el conflicto de raíz y puse a raya a ese casanova. Desde entonces no ha vuelto a probar la bebida.

—¿Se refiere a Lester o al gato semental? —pregunté.

La camarera, que obviamente era también la dueña del bar, se carcajeó de nuevo jovialmente, y el otro mecánico se sumó a la broma, pero el viejo Lester continuó allí sentado con la expresión de quien sufre un dolor de muelas.

—No —respondió la mujer cuando cesaron las risas—, el bueno de Lester, aquí presente, no causa molestias en el local. Le tiene un pánico cerval a mi bulldog.

—A mí me parece un bulldog vulgar y corriente —comenté, y me puse más cómodo a la espera de la historia.

—¿Vulgar? —exclamó Lester—. Sí, un vulgar asesino. Y digo *asesino* con todas las letras. Maldita sea, una mañana

del verano pasado entré en el bar más callado que un santo, absorto en mis propios asuntos, pero cometí el fallo de pisar la pezuña de ese cabronazo cuando estaba en plena resaca y poco faltó para que me arrancara la pierna de cuajo. —El hombre se encorvó para arremangarse la pernera del pantalón y exhibió la mordedura, una hilera de cicatrices que más bien parecían arañazos de pollo—. Me dieron cincuenta y siete puntos —proclamó orgullosamente—. El viejo Oney, que estaba conmigo, tuvo que golpear a ese chupasangre con un taco de billar hasta que me soltó la pierna.

—Recuerdo que el jodido taco se partió en dos con un chasquido —se apresuró a corear Oney.

—¿Un bulldog vulgar y corriente? Ni por asomo —declaró Lester—, el hijoputa es más letal que una serpiente. Díselo tú, Rosie.

—Escuche, señor —me explicó la dueña inclinándose sobre la barra—, he visto al mamón de Fireball Roberts emerger de un delirio profundo o una ciega resaca y desgarrar de un tirón los calzones de muchos imbéciles que creían que podrían aprovecharse de una mujer indefensa como yo, que estoy sola en el mundo. —Al pronunciar la palabra *sola*, Rosie apuntaló un dedo bajo la barbilla y me sonrió con fingido recato. Me miré por detrás de su hombro, en el agrietado espejo del fondo, para comprobar si mi pelo se había vuelto gris durante el viaje. Un conocido fantasma de cabello negro me hizo una mueca de coyote—. Y no sólo los reduce —insistió Rosie—, sino que los arrastra al exterior por la base de las nalgas, y generalmente acaban dando gracias por haber salido vivos.

—¡Qué barbaridad! —exclamé, tan impresionado como cabía esperar.

Espié de reojo al bulldog, que dormía plácidamente acurrucado en su taburete. Trahearne reaccionó fulminándose con la mirada, como si creyera que me proponía impugnar la valentía del perro, pero sus airados ojos pronto